



TAREAS

PANAMA 2

TAREAS

Correspondencia: Apartado 3560, Panamá, R. de Panamá

Administración: Leopoldo Fuentes del Cid.

Dirección: Ricaurte Soler; Franz García de Paredes; Fabián Echevers; Carlos Ayala; Carlos Bolívar Pedreschi.

Redacción: Alfredo Castellero C.; César A. Young Núñez; Aristides Martínez; Bernardo Selles; Ornel Urriola; Juan A. Tack.

Corresponsales:

DAVID: Roberto de la Guardia.

CHITRE: Moisés Chong Marín

ANTON: Luis Véliz.

TAREAS

Año I

Panamá, Enero-Febrero de 1961

Nº 2

INDICE

	Página
Charles V. Aubrun: DETERMINISMO Y LIBERTAD HUMANA EN LA DIALECTICA CALDERONIANA	3
Ricarte Soler: EL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO DE MARIANO OTERO	15
Miguel Mejía Dutary: DE BERNAL DIAZ A RUBEN DARIO	33
Martínez Ortega: LA GENERACION DE VANGUARDIA EN LA LITERATURA PANAMEÑA Y SU SITUACION EN LAS BUSQUEDAS POETICAS CONTEMPORANEAS ...	49
Reina Torres de Araúz: LA CEREMONIA DE LA PUBERTAD FEMENINA EN DOS CULTURAS INDIGENAS PANAMEÑAS	63
Ornel E. Urriola M.: LA EXPLOTACION ARQUEOLOGICA FRENTE AL PROBLEMA DE LA HISTORIA EN PANAMA	71
Manue' Ferrer Valdés: LA OFICINA	79
 NOTAS BIBLIOGRAFICAS:	
Dos nacimientos en la dividida familia de la "Inteligentzia" Panameña. Por HENRI DELEUZE	89
Alfredo Castillero C.: Fundamentos Económicos y Sociales de la Independencia de 1821. Por H. E. R.	91
Martínez Ortega: Poemas al Sentido Común. Por CESAR YOUNG NUÑEZ	94

Determinismo y Libertad Humana en la Dialéctica Calderoniana

Por CHARLES AUBRUN
(Profesor de la Sorbona)

En la abadía cisterciense de Royaumont, fundada por San Luis hacia 1240, tuvo lugar en abril pasado un coloquio sobre la tragedia y lo trágico. Ilustres representantes del helenismo y de la latinidad, conocedores eruditos del teatro de Elizabeth primera, historiadores especializados en la literatura del siglo de Luis XIV y una cohorte de hispanistas, confrontaron sus trabajos y sus teorías. Se llegó a dar una definición de lo trágico: es la situación afectiva creada cuando los dioses, o bien abandonan al héroe y le dejan el peso total de su destino, o bien asumen enteramente este mismo destino, haciéndole instrumento de sus designios. Una angustia, o como dice Unamuno, una congoja inaguantable surge a consecuencia de este exilio o de esta enajenación del semi-dios — semi-hombre (tal es la definición exacta del héroe). También el espectador, del que presencia este destino, siente como suya el ansia del héroe, siendo hombre y criatura de Dios, y experimenta terror y piedad. En todos los tiempos, en todas las naciones, la representación pública de la tragedia es como rito que provoca una comunión religiosa aneja al culto ordinario de la religión sea esta mística, sea estatal y social.

Hay una excepción: España en el siglo XVII, y en

(*) Conferencia dictada en la Universidad de Panamá el 10 de Octubre de 1960.

España Calderón. En una nación profundamente católica no hay lugar para la tragedia: Dios no abandona nunca al hombre. Tampoco asume el destino de éste. El hombre es enteramente responsable de su actuación, no hay predestinación que valga. Pero Dios le ayuda y esto lo demostró Calderón al plantear ante el público madrileño la solución católica de un problema eterno.

En la abadía cisterciense de Royaumont durante aquel coloquio, representó un grupo estudiantil del Instituto Hispánico de la Sorbona una obra espantosa de Calderón: **El médico de su honra**. En el escenario, un hidalgo sevillano, luchando contra su pasión y su debilidad humana, hace prevalecer una terrible ley, sin la cual se desplomaría la sociedad entera; mata a su esposa, con el consentimiento de ésta, en nombre de su honor, de la integridad de su alma. La mata llorando, la ofrece con gritos de dolor como ofrenda a un Dios implacable porque éste exige que cada una de sus criaturas le devuelva una alma sin manchar, total y no corrompida.

El caso es atroz. Calderón no disiente del parecer de su público o del público de hoy. El drama es horroroso. Pero el autor no sucumbe a la tentación de convertirlo en una sublime tragedia en que el personaje, ciego instrumento de la Providencia divina, sangrará a su esposa contra su voluntad. **El médico de su honra** es un drama, no una tragedia. En plena lucidez, en plena libertad, el desdichado hidalgo escoge su vía, la que le ha de llevar, cree él, a la misericordia divina.

Entusiasmado por la novedad del caso calderoniano, el público parisino de 1960, o más bien la élite intelectual que frecuenta Royaumont, se adentraba con gusto en el laberinto de la lógica calderoniana, pero no lograba tomar en serio las premisas, no conseguía creer en la verdad del dilema así expuesto: la razón contra la pasión, o sea el alma contra el amor humano. Algo arbitrario le parecía el problema planteado.

Así es como tuve que intervenir para dar a una ética que parecía circunstancial, muy España siglo XVII, y muy católica romana, su significado filosófico, su dimensión fuera de tiempo y de lugar. Expuse otro caso exquisito de Calderón, entiéndese un caso rebuscado, un caso límite, un caso de casuista; comenté un drama extraordinario: **“El tetrarca de Jerusalén o el mayor monstruo los celos”**.

Mariemne, la esposa querida de Herodes el Tetrarca, ha consultado a un sabio judío para conocer su suerte. El astrólogo estudió la posición de la estrella bajo el influjo de la cual nació Mariemne, midió e interpretó la coyuntura del cielo en aquel momento y sacó el horoscopo: Mariemne había de morir bajo el puñal de su marido y por efecto del mayor de los monstruos.

Así es que desde la primera escena está en tensión el resorte dramático. Se cumplirá el horoscopo? Morirá de verdad Mariemne de una puñalada? Y si muere, los actores del drama llegarán a este asesinato a ciegas y contra su voluntad, movidos por un Dios cruel o bien voluntariamente, en plena luz de la conciencia? Si no muere, si no se cumple el horoscopo, se puede sacar una de los tres consecuencias lógicas posibles. Una: la astrología es falsa. Dos: el hombre es dueño absoluto de su destino. Tres: el hombre puede alterar con la intervención de su voluntad el destino fijado primeramente en (o por) las estrellas.

Calderón escoge esta última solución. En la cadena fija de causas y efectos que representa nuestra vida, el hombre hace saltar un eslabón y solda otra cadena: un nuevo determinismo se pone en marcha, cuyo engranaje puede romper de nuevo el hombre en cualquier momento. La astrología no es más que una imagen para designar el determinismo físico, la ley de la naturaleza. El hombre ni es esclavo ni es dueño del mundo natural. Inserta su libre albedrío, dentro del complejo mecánico de éste, y esa su libertad imponderable entra en función en ese

complejo, modifica su equilibrio, altera la naturaleza, vence la materia.

El problema no puede ser más actual. Parece que los físicos nucleares logran modificar al universo, obedeciendo a sus leyes. Por mala que sea esta formulación, oculta un problema transcendental.

Volvamos antes a la tragicomedia de Calderón. Alarmada, Mariemne va a consultar a su marido. Este le responde con consideraciones, unas muy profundas, otras de buen sentido, hoy aun valederas.

Primero, dice Herodes, el que conoce su destino, precipita su curso, acelera la velocidad de la sucesión de causas y efectos que le definen. (Del mismo modo el materialismo histórico sostiene que un análisis correcto de la situación precipita su evolución). El que conoce su destino, empuja la rueda de su propia historia. Además, como tiene la obsesión del acontecimiento esperado no logra evitarlo.. Es como el novicio en bicicleta : ve el obstáculo, y a causa de su temor, va derecho contra él.

Segundo, sigue Herodes, cuando uno dice que nuestro destino está inscrito en la coyuntura del cielo en el momento de nuestro nacimiento, qué significa esto? Esto significa que nuestra existencia empieza a componerse con las cosas y con otras existencias, en una armonía global, divina, donde nuestra parte es esencial, si bien condicionada por las demás, por lo otro. Por el mismo hecho de existir, nuestra energía está en función con las energías estáticas o dinámicas vecinas. Nuestro cuerpo está igualmente en función con los objetos puramente materiales ya que está hecho como ellos, dice Calderón, de tierra, agua, aire y fuego. Por consiguiente, seguimos el destino de estos cuatro elementos en tanto que fluye la energía universal por nuestro organismo efimero.

Nada ni nadie puede abolirnos, hacer como si no páramos. Nuestra muerte modifica el equilibrio universal sin duda, por una mínima parte, pero por cierta par-

te. A partir del momento en que dejamos de ser, se llena el vacío, es como si deslizaran los astros, ya que los astros, que pertenecen a la naturaleza, reflejan forzosamente nuestro destino, exactamente como, siendo materia, reflejamos las estrellas, todo eso en la composición global universal de las fuerzas.

Tercero, dice Herodes, si nuestro destino está inscrito absolutamente en las estrellas (entre otras cosas), si se define del exterior por los destinos de los demás, ya que nadie puede conocer de ciencia cierta el vasto universo, nadie puede determinar con exactitud la parte que tomamos en él. Es una cosa saber que está inscrito nuestro destino, es otra cosa descifrar el cielo. La astrología es imperfecta, los más grandes sabios se equivocan a menudo. Hay que darles crédito para prevenir los males que anuncian, pero no para esperar estos malos paciente y pasivamente. Esta es la tercera lección dada a Mariemne.

La cuarta, dice Herodes, es que no hay ninguna razón para creer que todas las estrellas son malas. El mundo está equilibrado de tal modo que tantas hay buenas como malas.

La quinta, añade el esposo, es esta: tu haces tu desgracia antes que suceda; pues la lloras, te atormentas, te haces desgraciada. El suceso en sí ni es feliz ni infeliz. Tu sólo por el modo con que lo asumes, por la manera con que te dejas afectar por él, tu sólo haces que tu estrella sea fasta o nefasta.

Sexto, lo que es angustioso, congojoso, es ignorar la hora y la manera de la muerte; pero al contrario, conocer la hora y la manera de la muerte da una serenidad total ya que se puede gozar en paz del tiempo que queda de vida.

En fin, añade, la actitud de Mariemne es totalmente pagana. "Mienten las estrellas (Ahora empieza la locura, la desmesura de Herodes) Y voy a probarlo. Ves

este acero que tengo en la cintura, ves este puñal que dicen que te va a dar la muerte. Pues mira, lo echo al mar". Y lo tira por la ventana del palacio que da sobre el puerto. Sigue burlándose "Ahora, eres inmortal, no te puede matar mi puñal ya que está ahora en el fondo de las aguas. Ha desaparecido para siempre el instrumento de tu muerte".

Entonces se levanta un grito espantoso. El puñal cual un cometa, cual una estrella fugaz imprevista en el cuadro, en la coyuntura del cielo, ha herido un naufrago, capitán del ejército de Herodes. Es el accidente estúpido, la casualidad, el acaso, el azar. Se trae al herido, se le saca el puñal. He aquí el puñal de nuevo en las manos de Herodes. Por un prodigio verosímil, natural, Herodes vuelve a ser el asesino eventual, potencial, de su mujer. Su sinrazón ha sido castigada.

El capitán contará cómo la flota de Marco Antonio no pudo salir al encuentro de la de César Octavio. Los vientos habían cambiado. Este azar, este golpe de la fortuna estaba inscrito naturalmente en el cielo, meteorológico, tanto como la nariz de Cleopatra, a la que ciertos historiadores atribuyen este suceso transcendental. Pero cada personaje ha sacado libremente partido de ese accidente atmosférico y ha alterado el destino de los demás. Por ejemplo al suicidarse Marco Antonio quita a César la posibilidad de arrastrarle en cadenas en Roma, le quita el triunfo. Además ha quedado dueño de su destino que habían alterado los vientos.

Así es como a cada momento se plantea el problema de las relaciones del hombre con su destino. Es dueño de él o no? Lo sufre pasivamente o lo asume activamente?

El Tetrarca de Jerusalén sigue con su terquedad loca. Da el arma fatal a su esposa: "Así serás, dice, dueña de tu propia suerte". Ella no lo acepta: "Si me quieres, no lo usarás contra mi vida. Así es que no tengo nada que temer". Y se lo devuelve.

Notemos que todos los actos se colocan en la línea del horoscopo, giran alrededor de este eje: la fatalidad prevista y anunciada por el sabio judío. Que la recusen o la acepten, los personajes actúan con relación a ella, obsesionados por ella. Es un punto común con la tragedia auténtica.

Pero, una serie de sucesos extraordinarios va a agudizar la situación. Octavio a descubierto el retrato de una hermosa desconocida, que es Mariemne. Se enamora de ella y lo hace copiar. Guarda un ejemplar y manda a sus soldados que cuelguen el cuadro encima de una puerta. Los soldados lo hacen muy mal (y éste es un punto muy importante). Clavan el retrato muy ligeramente. Contingencia?; son cosas que suceden.

Durante una entrevista violenta, Herodes, atrozmente celoso al ver una copia del retrato de Mariemne en las manos de Octavio, toma su puñal, quiere herir a su rival que pasa a otra habitación. En este momento cae el cuadro y el hierro se hunde en la imagen de Mariemne.

¿Cómo va a reaccionar el hombre ante este nuevo prodigio? Podría pensar que el destino hasta cierta medida se ha cumplido: su acero ha roto la imagen de su esposa, si no ha matado a ésta. Todo depende de él, de la interpretación que va a dar a este caso fortuito. Si aprovecha la ocasión para considerar como realizado el pronóstico del astrólogo, parte de una nueva base, el porvenir es virgen y le pertenece. Al contrario, si ve en este accidente otro eslabón en la cadena de sucesos que ha de acabar por la muerte de Mariemne, entonces vuelve a su acecho agresivo, acecha un futuro suceso que le permita romper la cadena, y espera otra ocasión, retarda el momento de modificar su destino.

Pues bien, por orgullo, rehusa la suerte que se le presenta. Cayendo en el pecado diabólico por excelencia, el pecado de orgullo, grita: "Soy el epílogo y el compendio de las miserias humanas". Se cree el chivo emi-

sario, en otros términos, asume los pecados de los hombres. Se toma, diremos, por Jesucristo. Con una soberbia demoníaca y un masoquismo complaciente declara: “mis desgracias de las que hay tantas y tan repetidas pruebas, no se acabarán con mi vida, pues mis desgracias son tan inmortales como mi mala estrella, la cual está en el cielo y no desaparecerá cuando muera. Por consiguiente, seguiré siendo desgraciado, allende la muerte”.

Esto es muy grave: Como está compuesto su cuerpo de agua, tierra, aire y fuego, es evidente que la muerte lo va a disolver y volverá a lo físico, a la naturaleza. Pero si piensa que su desgracia como tal, experimentada por su ser, puede durar más allá de la muerte, se sitúa en otro plan, en el plan de la eternidad, de su condenación o de su salvación. No admite que “sus” desgracias cesen cuando muera. Quiere sobrevivirse. Es hombre de carne y hueso, y entiende seguir siendo eternamente y seguir padeciendo (como de su sinrazón), por todos los hombres. (En parte Unamuno comete la misma imprudencia, por lo que se le acusó de hereje).

Volvamos a la intriga. Herodes en la cárcel da la orden de matar a su esposa, ya que celoso por allá de su propia muerte, no quiere que ningún hombre la posea jamás. Y escribe una carta en este sentido a su capitán. Durante una disputa amorosa, la dama de éste, por celos, le quiere quitar la carta sospechosa, que se rompe. Los pedazos caen en manos de Mariemne, la cual se entera así que su esposo, que la quiere tanto y a quien tanto quiere, la condena a muerte.

Se dirá que la coincidencia es inverosímil. Es que Calderón, quiere perder la cadena de los acontecimientos en los incidentes más menudos de la vida cotidiana. La muerte fijada por Herodes para Mariemne no corresponde con la muerte descifrada por el adivino. Las estrellas habían dicho: por el puñal de tu marido y por efec-

to del mayor monstruo. Pues bien! Herodes le prepara otra muerte: otro desafío, y esta vez con embuste.

Octavio encuentra a Mariemne; en esta escena conmovedora, parece que los dos personajes conocen uno en otro la imagen de su destino por una misteriosa intuición. Se quiere matar élla con el puñal que trae Octavio y que es, por casualidad, de Herodes. Pero cae el acero. El Tetrarca se presenta. Viendo su puñal en el suelo, cree posible la infidelidad de su esposa y quiere matar a esta. Octavio se lo impide. Mariemne apaga las luces. Herodes intenta herir a Octavio y hunde su puñal en el seno de su mujer. Así muere Mariemne, víctima del mayor monstruo, los celos y herida por el puñal de su esposo, como lo dijo el astrólogo. "La has matado", exclama Octavio. "No, contesta este condenado loco de Herodes, Mariemne murió víctima de su destino". Con terquedad abominable, no reconoce que él solo es responsable de esta muerte.

Se acabó la comedia. Los espectadores dejan el corral de la comedia, guardando en el corazón, como lo deseaba Calderón, un sentimiento de indignación para con ese hombre que se obstina en su error e imputa a las estrellas la responsabilidad de un crimen que ha asumido, por su libre albedrío y varias veces, huyendo todas las ocasiones que le ofrecieron de evitarlo.

Como se ve ahora claramente, **El mayor monstruo los celos** es una anti-tragedia y Calderón por excelencia el poeta antitrágico. El héroe ni es abandonado de Dios ni es instrumento pasivo de sus designios.

Cinco meses después de este coloquio en Royaumont sobre la tragedia, se reunían en el mismo lugar filósofos y físicos de varios países. Se proponía el nuevo coloquio de esclarecer y definir la noción de dialéctica, al que Calderón había dado una solución tan aguda en **El Tetrarca de Jerusalén o el mayor monstruo los celos**.

Se define la dialéctica como la ley que prende a la

evolución del mundo. Un aspecto de una cosa se ve afirmado en una primera etapa. Como no coincide con la totalidad de la cosa, se le niega. Y como afirmación y negación resultan parciales y contradictorias, surge una proposición global que disuelve la contradicción. Entonces vuelve a empezar la misma operación. Una superación continúa permite disminuir la diferencia que va entre nuestra aprehensión de la cosa y la cosa misma. Es como un poliedro regular que al multiplicar infinitamente sus facetas viniera a coincidir casi con una esfera.

Pues bien, es la dialéctica ley de la naturaleza, el modo según el cual se transforma la materia inanimada en animada, a lo largo de las edades geológicas y también en la historia de los hombres? Los materialistas marxistas evidentemente sostienen esta tesis. También la sostienen los discípulos del Padre Jesuita Teilhard de Chardin por creer que la realidad obedece a una ley intrínseca que Dios le dio al ordenar el caos inicial. También la sostendrían muchos teólogos protestantes discípulos de Calvino y los jansenistas más o menos conscientes. Pues unos y otros creen en la predestinación. Diremos que creen que el destino de Mariemne está inscrito en el cielo, o lo que es idéntico, en la physis, en el mundo físico. Creen que Herodes es el instrumento de Dios para cumplir los designios de la Providencia. Creen que no se puede alterar la concatenación de causas y efectos, para hablar como los físicos contemporáneos de Calderón, o, para hablar como los físicos de hoy, el "ensemble" coherente del sistema universal.

A esta cohorte heterogénea pero unánime en este terreno, se opone otra facción compuesta de elementos no menos disímiles. Los ex-existencialistas (si se me permite la palabra) discípulos de Sartre sostienen que la dialéctica no es ley intrínseca de las cosas, sino el modo con que nuestra mente, la mente humana, hundida en el cosmos "desvela" progresivamente a éste, por afirmación,

negación y superación, lo ordena, lo asume, organiza el caos, ingiere en su necesidad nuestra libertad, lo transforma, lo hace nuestro como se hace suya. En breve el mundo es creación continua de la libertad, como la libertad es creación continua del mundo por un movimiento eterno de afirmación y oposición dentro de un razonamiento totalmente lúcido. Herodes lucha contra el destino y vuelve a caer en él en vez de sobrepasarlo. Sigue en zigzag y sin poder liberarse el carril del determinismo físico. Mariemne muere de su pasividad, de su desuso de su libertad natural.

Paralelamente, el catolicismo propiamente ortodoxo mantiene la tesis agustiniana de la que se inspira Calderón. Dios dio la libertad al hombre para que escoja en plena responsabilidad su camino, el de su salvación o el de su condenación. Dios con su gracia suficiente le indica mil y una vez la vía a seguir; pero el hombre suele ser sordo y ciego, no sabe interpretar las señales divinas. Si su pasión va ligada con su libre albedrío, es víctima de los engaños, cae en los vicios. Si su libre albedrío se liga con la razón, la gracia suficiente se hace eficaz y el hombre elegido por sí mismo goza de la gloria eterna. Por orgullo peca Herodes que lucha contra la physis en el plan de la physis, lucha en la que no puede sino perder. Con asumir plenamente el determinismo natural, se hubiera alzado por encima y hubiera alterado el curso de su historia.

••

Cualquiera que sea nuestra posición filosófica, sabemos que se trata aquí de un problema esencial y de cuya solución depende el porvenir del mundo. La inserción de nuestra voluntad a la vez libre y racional en el terrible engranaje de las fuerzas físicas y sociales que se

han desencadenado conseguirá o no salvar a la humanidad. La dialéctica del pensamiento conseguirá o no la victoria sobre el temible mecanismo de la naturaleza.

Tal es la cuestión ya planteada en 1640 por Calderón y que vislumbraba en otro no tan alejado, el de la psyché, Shakespeare cuando Hamlet, en nombre nuestro, vacilaba entre el ser y la nada.

El Pensamiento Sociológico de Mariano Otero

Por RICAURTE SOLER

I

El Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana (1842), (1) de Mariano Otero, es el más importante estudio sociológico publicado en Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XIX. La prevención que naturalmente suscita lo categórico del anterior aserto desaparece si se considera que hacemos referencia a una obra en particular, desligada del aparte total de cualquier autor hispanoamericano cuya significación sea indiscutiblemente mayor. No se nos escapa que la producción de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, José María Luis Mora, José Antonio Saco, para citar los nombres más conocidos, es notablemente más importante que el único libro sociológico de este casi desconocido escritor mexicano. No obstante, a más de que ninguna de las obras de los autores citados, aisladamente considerada, justifica como la de Otero, a plenitud, el calificativo no ya de social, sino de sociológica, la objetividad, realismo social, rigor conceptual y coherencia en el método, permite considerar el estudio de Otero como el más logrado ensayo, en su género y época, publicado en Hispanoamérica.

(*) Cuadernos Americanos Nº 1, México, Enero-Febrero, 1960.

(1) Impreso por Ignacio Cumplido, México, 1842, 136 páginas. En este artículo citaremos la 2a edición, más asequible. Ediciones I.T.G., Guadalajara, 1952, XXI-167 páginas.

El realismo social hispanoamericano de mediados del siglo XIX, del cual es Otero exponente calificado, se configura en estrecho acuerdo con el contexto socio-histórico que lo explica y condiciona.

LA COYUNTURA HISTORICA

Una experiencia histórica negativa, de anarquía, caudillismo y dictadura, incide poderosamente sobre la temática del pensamiento hispanoamericano. La realidad social y política arroja un balance desfavorable; se trata de una realidad que precisa comprender y transformar. El imperativo de la comprensión se plasma predominantemente en una historiografía de intención sociológica —José María Luis Mora, José Antonio Saco, Lastarria— o en una sociología de hondo contenido histórico —Otero, Echeverría, Alberdi—. El imperativo de la transformación se expresa a través del ideario liberal y reformista, con diferentes gradaciones y modalidades según el caso. La tarea es, pues, la de comprender histórica y sociológicamente una realidad que precisa transformar en el sentido de un liberalismo efectivo, operante.

La clase media —naciente burguesía— es la propugadora de este programa teórico y práctico. En su lucha por afirmarse frente a la estructura cuasi feudal heredada de la Colonia, se enfrenta a una coyuntura histórica en apariencia impermeable a la penetración de los módulos demo-liberales. De ahí su tarea de comprender y transformar. Los postulados de un realismo social, objetivo, se intrincan entonces con los supuestos demo-liberales en idéntico propósito de descubrir la estructura de la sociedad hispanoamericana para renovarla en el sentido del liberalismo. Tal es el contenido social del pensamiento hispanoamericano de mediados del siglo XIX. Desde México hasta Argentina, desde Mora y Otero hasta Alberdi y Echeverría, temas y problemas se estructuran en una totalidad de idéntica significación socio-política. Pero veamos la particularidad mexicana dentro de esta unidad hispanoamericana.

Con ligera variante cronológica —México con la Constitución de 1857, Argentina con la de 1853— las dos naciones de más rápido progreso en la incorporación a la modernidad habían sancionado, durante la década del cincuenta, la asimilación del demo-liberalismo a su estructura política. En Argentina, no obstante Rosas, las condiciones

fueron, quizás, más favorables, en razón del poderoso núcleo de clase media formado de preferencia en la ciudad y provincia de Buenos Aires y en la región del Litoral. En México, la mayor acentuación de las relaciones económico-sociales de la Colonia, circunstancia que deriva de haber prestado sus condiciones naturales —las minas en especial— mejor aliciente al mercantilismo de la Metrópoli, determina en buena parte el accidentado proceso de afirmación del demo-liberalismo. Quizás con la notable excepción del núcleo Perú-Alto Perú, también minero (2), en ninguna otra región de Hispanoamérica la estructura económico-social colonial se proyectó con tanto vigor en la primera mitad del siglo XIX. Esto explica, precisamente, por qué los pensadores de la “organización” mexicana, Mora y Otero en particular, hayan insistido en el enfoque económico-social abandonando así, rápidamente, las teorías contractualistas, universalistas y utopistas de los Ilustrados europeos del siglo XVIII.

I I

Para Otero, en efecto, son las relaciones económico-sociales las que determinan la estructura política de cualquier nación y, en consecuencia, la de la nación mexicana. Pero, en modo alguno, la explicación de lo político a través de lo que hoy denominaríamos la infraestructura conduce a un enfoque indiscriminado e indiferenciado de esta última. Importa detenernos sobre estas consideraciones.

LAS RELACIONES MATERIALES DETERMINAN LA ESTRUCTURA POLITICA

Otero es determinista, el determinismo rige en el orden moral y político a través de “causas generales”(3) que lo condicionan de manera análoga a la señalada por Laplace para el mundo físico(4). En primer término, el determinismo social opera a través de relaciones materiales

(2) Cf. para la estructura de la colonia peruano-alto peruana, en comparación con la del Río de la Plata, y su proyección en lo cultural y en lo político durante el período post-independista: INGENIEROS, José: *La Evolución de las Ideas Argentinas*.

(3) OTERO, Mariano: Op. Cit., p. 6.

(4) Ibid., p. 26. Cf. también, p. 79.

—la expresión es de Otero— entendiéndolo por tales la distribución demográfica; las condiciones de la agricultura, del comercio y de la industria (5), y, más específicamente, la estructura de la propiedad. Precisa, pues, abocarse al “examen árido de la constitución de la sociedad considerada bajo sus **relaciones puramente materiales**” (6). Entre éstas, la propiedad juega un papel fundamental:

Los que buscan las instituciones y las leyes de un país como ingeniosas combinaciones de números, ignoran que esa constitución existe toda entera en la organización de la propiedad, tomando esta frase en su latitud debida. Son sin duda muchos y numerosos los elementos que constituyen las sociedades; pero si entre ellos se busca un principio generador, un hecho que modifique y comprenda a todos los otros y del que salgan como de un origen común todos los fenómenos sociales que parecen aislados, éste no puede ser otro que la organización de la propiedad. Ella ha constituido el despotismo en los pueblos de Asia; ella constituyó el feudalismo que dominara tantos años a Europa; ella constituyó las aristocracias de la antigüedad, y ella sola ha fundado la democracia. (7)

Las relaciones materiales constituyen, pues, el fundamento de la estructura política; entre aquellas relaciones las de la propiedad son determinantes. Ahora bien, el estado político de una sociedad no deriva, estáticamente, de la distribución de la propiedad. Otero percibe, por el contrario, un poder activo intermediario; sus investigaciones lo conducen al descubrimiento del principio de la dinámica social en la división en clases. La propiedad, ciertamente, determina la división en clases: “la repartición de la propiedad ha dividido a la población en las diversas clases que constituyen el estado” (8), pero estas clases tienen, a su vez, intereses peculiares que las enfrentan. La lucha de clases es un supuesto de la explicación intentada por Otero de la dinámica de la sociedad mexicana, lucha que en ocasiones es explícitamente recono-

(5) Cf. pp 94 y ss., y p. 99.

(6) Ibid., p. 52. Subrayado nuestro.

(7) Ibid. pp 33-34.

(8) Ibid., p. 35.

cida: "¿cuál es el poder social que ha sucumbido sin combatir?" (9).

Los principios generales señalados permiten a Otero abocarse a un análisis pormenorizado de las clases mexicanas, su estructura y expresión política. A este respecto cabe lamentar que el criterio claramente

ANÁLISIS DE LAS CLASES MEXICANAS

formulado por lo que dice a las relaciones materiales de la sociedad y al principio generador de las clases —la propiedad— pierda, esporádicamente, rigor en su aplicación práctica. Un método excesivamente analítico conduce a Otero a la postulación de una multiplicidad de clases cuya caracterización no es siempre igualmente lograda. Tal sucede cuando se refiere, sin mayor explicación, a las clases productoras y consumidoras, y a la clase capitalista mexicana (10). Por otra parte, su terminología adolece, eventualmente, de cierta equivocidad. Ello no obstante, un detenido estudio de la obra de Otero nos muestra que, genéricamente, comprende todas las clases mexicanas en dos grandes grupos: las clases propietarias —del agro no vinculado, del agro vinculado, de las minas; el Clero y las clases medias— y las no propietarias —proletariado rural, proletariado urbano, proletariado minero-comercial—. A estas clases habría que añadir, por razones especiales, la clase comercial extranjera y la clase militar.

El análisis de las clases propietarias tiende a demostrar que, con la excepción de las clases medias, todas carecen de sólido fundamento en cuanto a las relaciones

(9) Ibid. p. 61.

(10) Cf. Ibid., n. 86. Del análisis de la sociedad mexicana intentado por Otero nos referiremos a aquellos aspectos generales susceptibles de interés para la caracterización de su pensamiento sociológico. Un trabajo pormenorizado sobre los aspectos que directamente se relacionan con la estructura social de México y una discusión notable sobre las influencias europeas en el sociólogo mexicano la encontramos en HEROLLES, Jesús Reyes: *El Liberalismo Mexicano*. Tomo II. *La Sociedad Fluctuante*. Facultad de Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958, pp. 89 y ss.

materiales, motivo por el cual están históricamente condenadas a desaparecer como fuerzas actuantes en el escenario político.

Efectivamente, la clase propietaria del agro vinculado, no obstante las apreciaciones superficiales que identifican el régimen colonial con el feudalismo europeo, no logró establecer las auténticas relaciones feudales siervo-señor que permitan consolidar el régimen político que de ellas deriva naturalmente: la aristocracia y la monarquía (11). La clase propietaria del agro no-vinculado, en razón de la ruina de la agricultura, tampoco puede aspirar a la dirección de la cosa pública (12). Otro tanto puede decirse respecto de la clase propietaria de las minas en virtud de su evidente decadencia y en virtud también del carácter aleatorio de su riqueza (13). Por último el Clero, la más poderosa de las clases propietarias. La enorme riqueza acumulada explica su poder político, antes y después de la Colonia. La distribución de su propiedad en las ciudades y en el campo acredita su influencia moral y política en todos los ámbitos de la nación. Dos poderosas razones impiden, sin embargo, la formación de una teocracia en México; una deriva de la naturaleza de la propiedad del clero, la otra, de la debilidad que revela la estructura de clase de este estrato social.

En efecto, la riqueza del clero que deriva de la propiedad territorial presenta, como la propiedad vinculada de la pretendida "aristocracia" mexicana, la particularidad de no haber establecido las típicas relaciones feudales entre el señor y el siervo. Por tanto, "sus bienes raíces no fundaban una aristocracia territorial". A más, la otra fuente de su riqueza: los diezmos, presenta el mismo carácter aleatorio puesto de relieve por lo que respecta a la riqueza de los propietarios de las minas.

La otra poderosa razón que limita la influencia y poder del Clero radica en su división en secciones —subclases— de intereses inarmónicos y aun, antagónicos. El alto clero (Obispos y Cabildos eclesiásticos) goza de pingües rentas en contraste con la inmensa mayoría de clé-

(11) OTERO, Mariano: *Ensayo*. pp. 37-39; 57.

(12) *Ibid.* p. 47.

(13) *Ibid.* p. 48.

rigos diseminados en el país, celosos de la riqueza de sus superiores. Por otra parte, la sección compuesta por los órdenes regulares, relativamente independiente de la jurisdicción diocesana, introduce un elemento más de división en la clase clerical. Todo ello determina una "acción sin unidad" de parte de la más poderosa de las clases propietarias. Por tanto, ni aún sobre esta clase habría de estructurarse políticamente la nación mexicana (14). Su interna debilidad como estrato social impide una acción política concreta y definida; el régimen de su propiedad agraria la convierte en usufructuaria de una riqueza que no puede consolidar y que los meros arrendatarios no tienen interés directo en aumentar. En tanto que clase, opera sobre el clero la misma delicuescencia señalada para el resto de las clases propietarias mexicanas.

I I I

Tal es la estructura de la sociedad mexicana; "He aquí a la República" dirá Otero en frase que revela, quizás, la satisfacción que su análisis le produce. No se ignora, por cierto, a las clases no-propietarias, pero en virtud de la ecuación riqueza-poder, estructura económico-social —estructura política, estos grupos, menos aún que las clases propietarias, pueden aspirar legítimamente a la dirección política nacional. El proletariado rural, urbano y minero-comercial, sumido en la ignorancia y la miseria, constituyen sí, grupos que importa redimir, pero que por su situación misma no pueden ejercer una acción efectiva orientada en el sentido de la libertad y del progreso.

DIAGNOSTICO DE LA SOCIEDAD MEXICANA

El estudio expuesto de las clases sociales mexicanas describe los grupos formados en el seno de la sociedad colonial cuya influencia económica y política se hace sentir en la etapa post-revolucionaria. A raíz de la Independencia dos clases sociales, "como creadas de nuevo", complicaron notablemente el panorama; su acción, eminentemente negativa, ha determinado en gran parte el atraso económico y la desorganización política de la nación. Se trata de la clase comercial extranjera y de la clase mili-

(14) Cf. *Ibid.* pp 37-47.

tar. La primera, dedicada a una actividad en sí misma no productiva, presenta todavía el inconveniente de identificar sus intereses con los del extranjero, constituyendo por tanto una fuerza negativa para la integridad nacional; la segunda, formada en el período revolucionario, entraña un peligro permanente para la administración civil y para la paz interior. No será, pues, sobre la base de estas dos clases, que la República habrá de estructurarse social y políticamente (15).

El diagnóstico de la sociedad mexicana realizado por Otero no puede, en apariencia, ser más desolador. Ninguna de las clases que descubre su análisis sociológico reúne las condiciones de poder material y de influencia moral suficientes para llevar a cabo la obra de la organización nacional. Por otra parte, la lucha de clases, las contradicciones que las oponen, no puede redundar en beneficio de la armonía social: "Todas estas clases... se lanzaron a la lucha en defensa de sus propios intereses y por sus íntimas convicciones" (16). Sería erróneo, sin embargo, considerar las teorías de Otero como meramente explicativas y contemplativas. Por el contrario, se trata de comprender la estructura de la sociedad mexicana para modificarla, para transformarla. Pero esta obra de renovación sólo es posible realizarla a través de la clase media —que de intento mencionamos de último—:

Pero si bien todas estas diversas secciones de propietarios particulares entre los que estaba repartida la propiedad raíz y mobiliaria, eran aisladamente débiles, y si ninguna contenía elementos que la hicieran dominar a las demás; en una nación en que las clases que pudieran llamarse altas no existían o eran ya débiles, ya frágiles, y en la que la clase baja estaba reducida a la última nulidad, la clase media (que constituía el verdadero carácter de la población, que representaba la mayor suma de la riqueza, y en la que se hallaban todas las profesiones que elevan la inteligencia), debía naturalmente venir a ser el principal elemento de la sociedad, que encontraba en ella el verdadero germen de progreso y el elemen-

(15) Cf. *Ibid.* pp 73-77.

(16) *Ibid.* p. 55.

to político más natural y favorable que pudiera desearse para la futura constitución de la República (17).

La reorganización de la sociedad mexicana ha de ser pues, obra de la clase media. Ella, naturalmente, habrá de poseer el poder político; su función más específica consistirá en el desarrollo del capitalismo pues éste traerá consigo —idea clásica del liberalismo— mejoras para el proletariado y para el espíritu (18).

I V

Desde el punto de vista sociológico la obra escrita de Otero se reduce, de hecho, a las concepciones analizadas, expuestas en su notable **Ensayo**. En 1848 apareció, sin embargo, uno de los más importantes opúsculos de la folletería mexicana del segundo cuarto del siglo XIX. Su título: **Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana, en el año 1847** (19) revela la preocupación que los acontecimientos de ese año —invasión de los Estados Unidos y cercenamiento del territorio mexicano— produjeron en el espíritu del autor.

**CONSIDERACIONES SOBRE
LA SITUACION POLITICA Y
SOCIAL DE LA REPUBLICA
MEXICANA (1847).**

Un estudio comparativo entre el **Ensayo** de Otero y el opúsculo citado revela, con muy pocas probabilidades de error, que con el pseudónimo de "Varios Mexicanos" es el mismo Otero quien se aboca nuevamente, en tal especial coyuntura histórica, al diagnóstico de la sociedad mexicana (20).

(17) Ibid. p. 48-49.

(18) Cf. Ibid. p. 82.

(19) Valdés y Redondas, *Impresores*; Calle de las Escalderillas, número 2, México, 1848, 56 pp.

(20) El investigador norteamericano Max Savelle, según noticia proporcionada por Leopoldo Zea, ha señalado a Otero como el autor de las *Consideraciones*. Como se trata de una información oral, no fundamentada en estudio escrito que conocamos, nos vemos obligados a indicar las razones por las cuales consideramos que es Otero, efectivamente, el autor del opúsculo que analizamos.

En el **Ensayo** y en las **Consideraciones** encontramos, en efecto, la misma división de las clases mexicanas, el mismo enfoque del papel negativo del comercio extranjero (21), idéntica concepción sobre la división en secciones de la clase clerical (22), análoga consideración sobre el papel positivo de las clases medias (23). Sin embargo, no todo es repetición en el folleto que nos ocupa.

Otero ha mejorado y perfeccionado en las **Consideraciones** el ideario sociológico expuesto en el **Ensayo**. Ha precisado la importancia de la proyección de la vida colonial, "vida tan puramente vegetal" (24) en el período de la Independencia; ha completado la clasificación de las clases mediante la caracterización de la burocracia, "la clase de los empleados" (25); ha señalado con claridad el papel improductivo de las clases privilegiadas frente a las clases "industriosas". Pero, lo que es más importante todavía, con mayor nitidez que en el **Ensayo**, ha puesto de relieve la diferencia fundamental existente entre su concepción de la sociedad mexicana basada en la división en clases, y las concepciones que intentan comprender la desorganización política de la República acudiendo a la noción de la inferioridad de la raza mexicana.

En términos generales el opúsculo de Otero no es otra cosa que un alegato contra aquellos que fundándose en la aparente pasividad del mexicano con motivo de la invasión norteamericana lo consideran "un pueblo afeminado, y...una raza degenerada, que no ha sabido gobernarse ni defenderse" (26). La explicación, según Otero, no está en el factor raza sino en la "viciosa educación y peor organización" (27). La explicación por la raza es superficial y vulgar. De hecho, "EN MEXICO NO HAY NÍ HA PODIDO HABER ESO QUE SE LLAMA ESPIRI-

(21) **Consideraciones**, pp 8 y ss.

(22) *Ibid.*, p. 33 y ss.

(23) *Ibid.*, p. 21.

(24) *Ibid.*, p. 48.

(25) *Ibid.*, pp. 38 y ss.

(26) *Ibid.*, p. 3.

(27) *Ibid.*, p. 4. La misma frase es repetida en la p. 45.

TU NACIONAL, PORQUE NO HAY NACION” (28) (En mayúsculas en el original). Y no hay nación, porque la sociedad no se ha organizado y adecuadamente estructurado en cuanto a sus relaciones materiales y en cuanto a las clases sociales destinadas a transformar radicalmente aquellas relaciones.

Las **Consideraciones** añaden, por tanto, mayor significación al ideario sociológico de Otero. En lo fundamental, se repiten los puntos de vista del **Ensayo**, pero su reiteración frente a las teorías racistas, en los momentos en que los hechos históricos daban pábulo a las mismas, demuestra su coherencia y rigor conceptual. Importa recordar, por vías de comparación, que en esa misma época Sarmiento consideraba la raza como uno de los factores determinantes del proceso social, y Gobineau estructuraba toda una sociología en función de categorías racistas.

En esta forma, culmina el pensamiento sociológico de Otero. Su análisis le ha revelado un determinismo social que opera lo mismo en la sociedad mexicana que en cualquier otra sociedad. Pero este determinismo no se resuelve en fatalismo. Recordemos su tesis principal: Las relaciones materiales determinan el proceso social, pero el hombre transforma a su vez esas relaciones materiales: “Necesitamos...un cambio general, y este cambio debe comenzar por las relaciones materiales de la sociedad, por estas mismas relaciones que hasta hoy han decidido de nuestra situación, y que en todos los pueblos de la tierra han producido los diversos fenómenos sociales que hemos visto” (29). Su concepción sociológica es, pues, simultáneamente determinista, realista y revolucionaria. Se trata de un determinismo que reconoce la existencia de leyes que regulan el proceso social y de un realismo que descubre la objetividad de las mismas. Su pensamiento es conscientemente revolucionario en cuanto la comprensión objetiva y realista de los hechos sociales sienta, conscientemente, las bases de su transformación racional en el sentido de la libertad y del progreso. El agente de esta renovación es la clase media, industrial, productiva, progresista; sólo ella “constituirá” la **nación**

(28) *Ibid.*, p. 42.

(29) *Ensayo*, p. 81.

afirmándose frente a las clases militar y clerical, privilegiadas, improductivas y retardatarias. Por todo ello Otero representa en su época la máxima racionalización de un proceso social y político que históricamente se plasmará en la Reforma mexicana. Pero las categorías sociológicas que empleó trascienden el marco inmediato de espacio y tiempo que las condicionan enriqueciendo substancialmente el acervo científico mexicano e hispanoamericano.

V

Es evidente que una concepción de tan definidos contornos como la de Otero habría de operar, parcialmente al menos, sobre la base de ideas y análisis sociológicos previos. Desde este punto de vista es incuestionable la influencia de las obras de José María

OTERO Y LA SOCIOLOGIA HISPANOAMERICANA

Luis Mora (En las **Consideraciones** Otero se refiere, prohibándolo, al estudio que de la clase clerical realiza Mora en **México y sus Revoluciones**). Mora efectivamente, un lustro antes que Otero (1836-37), había señalado la existencia en México de clases sociales con intereses específicos (30). Si bien se refiere, sin mayor explicación, a las clases productoras, propietarias, medias, privilegiadas, etc., nos ofrece en cambio una adecuada caracterización de la clase clerical y militar —con seguridad utilizada por Otero—. Como este último, ve en la naciente burguesía —clases medias o industriales en la terminología de Otero, clases medias o de los paisanos en la de Mora— el núcleo social alrededor del cual ha de girar la vida política de la nación. A pesar del criterio más analítico y di-

(30) "La población mexicana puede dividirse en tres clases, la militar, la eclesiástica y la de los paisanos. La más numerosa, influyente, ilustrada y rica es esta última que se compone de negociantes, artesanos, propietarios de tierras, abogados y empleados: en ella se hallan casi exclusivamente en el día las virtudes, el talento y la ciencia, ella da el tono a las demás y absorbe toda la consideración del público": MORA, José María Luis: **México y sus Revoluciones**. Tomo I. Editorial Porrúa, S. A., México, 1950. p. 88.

Editorial Porrúa, S. A., México, 1960, p. 88.

ferencial de Otero, se podría establecer un paralelismo de correspondencias importantes y divergencias adjetivas entre las clases que Mora señala y las que Otero analiza. Ello no obstante, existen diferencias substanciales que giran en torno a la noción de las relaciones materiales como fundamento de la estructura socio-política y de la lucha de clases como principio generador de la dinámica social. Estas nociones, apenas esbozadas en Mora, se encuentran más ampliamente desarrolladas en Otero.

La misma fundamental diferencia que podemos descubrir entre Mora y Otero, opera todavía si confrontamos al sociólogo mexicano con Esteban Echeverría. En uno y otro los motivos sociales surgen como soluciones concretas a los problemas que con carácter emergente e imperativo plantea la realidad americana. En Echeverría encontramos también el concepto de la división de la sociedad en clases. Pero, a más de no realizar un estudio diferencial de las clases argentinas, el ideario del pensador platense se resuelve fundamentalmente en una concepción histórica centrada en la actualización del programa revolucionario de Mayo y en una concepción sociológica enraizada en el tema romántico de la armonía de las clases. Y nada tan alejado del romanticismo como el realismo social de Mariano Otero.

Hay, sin embargo, un realismo social argentino comparable al de Mora y Otero. El fenómeno es, por lo demás, hispanoamericano. Expresado a través de motivos que en otro lugar —coordinando conclusiones dispersas de diferentes trabajos sobre Historia de las Ideas en América— hemos diferenciado bajo el rubro de positivismo autóctono, o expresado a través de formas teóricas inmediatamente inteligibles bajo la categoría de realismo social, el pensamiento hispanoamericano del segundo tercio del siglo XIX se aboca con criterio realista e intención revolucionaria al estudio de fenómenos concretos de la historia y de la sociedad americana. De estos estudios decíamos —sin por ahora detenernos en otros países— ha resultado un realismo social mexicano y, no obstante Echeverría, un realismo social argentino.

Desde el punto de vista de la historia del pensamiento hispanoamericano —marginando toda confrontación con la historia de su literatura— los motivos románticos se presentan, en el período que nos ocupa, sensiblemente

desdibujados frente a los motivos realistas. En el caso de México sería imposible comprender a Mora, y más específicamente a Otero, a través de las categorías del romanticismo. Por lo que respecta a la Argentina es legítimo considerar el romanticismo social de Echeverría —como el de Francisco Bilbao en Chile— como un resultado directo de la influencia recibida en Europa de los saint-simonianos y románticos franceses. Todo ello sin contar con que en el seno mismo de las doctrinas de Echeverría se encuentran los gérmenes de un realismo que Sarmiento impulsará y Alberdi llevará a un clímax sin paralelo en el campo económico y filosófico.

Y hemos dicho bien. En Argentina el realismo social desembocará, precisamente con Alberdi, en una de sus formulaciones más intransigentes al pretender reducir a las cuestiones sociales y políticas los temas y problemas de toda filosofía auténticamente americana. Es en el campo filosófico donde culmina, pues, el realismo social argentino. Por motivos que no interesa dilucidar, el dominio estrictamente sociológico, en comparación con México, queda notablemente disminuído en la Argentina. Las intuiciones magníficas del **Facundo** de Sarmiento son irreductibles a la racionalización científica y a la sistematización sociológica. Los **Estudio Económicos** de Alberdi agotan problemas demasiado especializados para poder proyectarse a través de formas teóricas sistemáticas en la sociología. Pero es precisamente en el campo sociológico donde el realismo mexicano alcanza su más alta calificación. Las obras de Mora y Otero no intentan, como las de Alberdi, encontrar los fundamentos de una filosofía adaptable a la realidad americana. Pero el estudio intenso de que hicieron objeto la sociedad mexicana los condujo, especialmente a Otero, al empleo de un instrumental de conceptos sociológicos que en su época ni aún en Europa había alcanzado un grado de desarrollo científicamente estimable. En esto consiste su aporte substancial al progreso de las ciencias sociales en Hispanoamérica.

El que Otero haya actualizado en México algunas de las concepciones fundamentales de la sociología europea posterior no implica exageración alguna.

**Define el pensamiento
hispanoamericano del**

**OTERO Y LA SOCIOLOGIA
EUROPEA**

segundo tercio del siglo XIX el haber alcanzado formula-

ciones teóricas propias surgidas, en lo que tienen de característico, del intento de comprender (para transformar) una realidad social y política de contornos específicos. La influencia de europeos como Bentham, Constant, Lamennais, Leroux, Sismondi, etc., es evidente. Pero reducir el aparato conceptual de los pensadores hispanoamericanos de este período a las concepciones del pensamiento europeo inmediatamente anterior implica un error de perspectiva fácil de desvanecer con sólo estudiar las conclusiones alcanzadas por los hispanoamericanos en comparación con los rasgos típicos de las teorías europeas que sobre ellos influyeron. A este respecto, el pensamiento de Otero es singularmente significativo.

La influencia de autores europeos en Otero —por lo demás adjetiva en comparación con la de José María Luis Mora— puede escindirse en dos vertientes principales: la del liberalismo clásico, Bentham y Constant en particular, y la del romanticismo social, Sismondi y Considerant en especial. Por lo que toca al liberalismo, parece legítimo reconocer la influencia de Constant a través de la división, por éste establecida, entre clases propietarias y no-propietarias (31). Otro tanto podemos observar en relación con el romanticismo social. Con excepción de este rasgo común, todo tiende a oponer el realismo de Otero al romanticismo social o literario europeo. Inútil buscar en Otero concepción alguna que pueda identificarlo con los postulados típicos del romanticismo social: armonía cósmico-sociológica, armonía de las clases sociales, primacía de la pasión sobre la razón, renovación del cristianismo, Falansterios, “Familisterios”, etc. (32). Y al revés, inútil buscar en el socialismo utópico europeo las características que con mayor exactitud definen el pensamiento sociológico de Otero: las relaciones materiales como determinantes de la estructura socio-política, la lucha de clases como principio explicativo de la dinámica social, el progreso como consecuencia de la transformación de las relaciones materiales por parte de las “clases industriales”, etc.

(31) Cf. CONSTANT, Benjamin: *Principes de Politique*. En *Oeuvres*. Bibliothèque de la Pléiade, Librairie Gallimard, Paris, pp. 1145-1154.

(32) Cf. PICARD, Roger: *El Romanticismo Social*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

La comparación que hemos brevemente realizado entre el pensamiento sociológico de Otero y la sociología hispanoamericana y europea de su época nos permite formular algunas conclusiones concretas. Por lo pronto, hemos de identificarnos con el juicio de Jesús Silva Herzog, uno de los pocos estudiosos que ha investigado, aunque en breves páginas, la significación de Otero en la Historia del pensamiento mexicano:

CONCLUSION

Muy pocos escritores de fines de la primera mitad del pasado siglo tuvieron como Mariano Otero un juicio tan relativamente completo, tan acertado sobre la influencia de lo económico en la historia. El, que a sí mismo se catalogaba como liberal moderado, se adelantó sin saberlo a la concepción materialista de la historia de Marx y Engels, o del realismo histórico, como llama a esa teoría Henri Sée. Engels y Marx esbozaron por primera vez esa teoría en *La Sagrada Familia*, obra publicada tres años después que la de Mariano Otero. El mérito del escritor mexicano parece indiscutible. Si hubiera escrito en Londres o en París en la lengua de Inglaterra o de Francia, tal vez su nombre hubiera alcanzado hace tiempo fama universal (33).

La importancia del pensamiento sociológico de Otero no se agota, sin embargo, en la circunstancia de haber utilizado un aparato conceptual análogo al que poco después empleará Marx y el marxismo. La concepción de las clases sociales y su función histórica; el hecho relevante de que el concepto de las "relaciones materiales" de Otero posee un contenido substancialmente análogo al de las "relaciones de producción" en Marx, constituyen ciertamente circunstancias en sí mismas altamente significativas. Con razón o sin ella se ha señalado también, en el caso de Echeverría, un "socialismo autóctono", y en el de Alberdi, un materialismo histórico paralelo y aun anterior al de Marx. Todo ello demuestra —es el punto que nos interesa destacar— la existencia de modalidades del pensamiento hispanoamericano que, bien se manifiesten a través de proposiciones similares a las de un positivismo

(33) SILVA HERZOG, Jesús: *El Pensamiento Económico en México*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pp. 48-49.

europeo que se ignoraba, o a través de postulados paralelos a los de un marxismo que se desconocía (35), configuran una estructura de pensamiento fundamentalmente realista cuya exacta definición importa descubrir. Esta definición, es claro, será el resultado de investigaciones monográficas necesariamente previas desde el punto de vista metodológico. El pensamiento de Otero ofrece al respecto uno de los fundamentos más sólidos. Si Alberdi representa su culminación económica y filosófica, en Otero encontramos su máxima expresión sociológica.

(34) SANCHEZ VIAMONTE, Carlos: "El Pensamiento Liberal Argentino en el Siglo XIX". En el Volumen Colectivo: **El Liberalismo y la Reforma en México**. Escuela de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957; pp. 246-247.

(35) La coincidencia de motivos "marxistas" y "positivistas" en la generación de 1837, y más tarde en el cientificismo argentino, explica seguramente el error de Alejandro Korn —tan justamente criticado— consistente en la identificación de marxismo y positivismo. Esta falsa apreciación la encontramos también en otros representantes de la reacción anti-positivista argentina.

De Bernal Díaz a Rubén Darío

Por

MIGUEL MEJIA DUTARY

Uno de los más importantes y hermosos hechos históricos que puedan examinarse es el que constituye los esfuerzos de los escritores de América para brindar una manifestación plena de su vario y dilatado mundo a través de cuatro siglos.

No tengo la pretensión del rastrear a lo largo de tan extenso período la elevación de la expresión literaria de América y su grado de fidelidad y eficacia. Pero sí decir lo indispensable para insertar el modernismo en el proceso, medirle su porción de responsabilidad y de lealtad en la conquista de nuestra expresión.

El testimonio de la literatura americana hay que admitirlo en una doble vertiente como cuestión de necesidad y como cuestión de voluntad. Y siempre en el fondo de ambas cuestiones, estará palpitando la menor o mayor distancia de los autores al entendimiento y a la interpretación de nuestras realidades.

Desde el instante del descubrimiento, en la obra de los cronistas que recogieron la experiencia de este amanecer histórico, lo americano se muestra como un hecho, como una necesidad que determina una postura nueva.

Una ancha avenida de literatura americana de segura valía como testimonio, aunque no alcance la altura de la peninsular como labor creadora, corre desde el **Diario** de Colón a la **Alocución** de don Andrés Bello. Un mundo nuevo y maravilloso contemplado por un grupo de hom-

bres hechos en una tradición cultural poderosa y dueña de un instrumento eficaz tenía que producir una obra históricamente importante. Es incuestionable que América inspira desde sus días coloniales a escritores destacados. Después del caso ilustre de Ercilla se puede señalar con orgullo la lírica de Valbuena, la impresionante integración de los "Comentarios Reales", la fuerza americana de algunos momentos de Pedro de Oña y el **milagro** de Sor Juan Inés. Pero esta literatura colonial se tiene como porción de la española, como es parte de España la tierra que la produce. España y sus colonias americanas son partes de un cuerpo colosal. Los escritores van y vienen por los ámbitos de este mundo como viajeros de los mismos caminos. Escritores de mucha monta en la literatura peninsular como Tirso y Mateo Alemán, vienen a América y autores americanos como Alarcón producen en la metrópoli o como el Inca Garcilaso se funden definitivamente a la vida peninsular. Todos se sienten partícipes de una sola y misma obra. Todos se sienten responsables de un común destino de cultura.

No obstante la verdad incontrovertible de las anteriores afirmaciones, esta producción colonial es distinta a la peninsular en sus obras cumbres; en otras palabras es literatura americana. No importa el lugar de nacimiento del autor; la realidad americana se impone lo mismo. Estas regiones nuevas dan a los escritores que pasan a tierras de reciente conquista imágenes y colores, y quizá entre todos no haya ejemplo más alto que el de Bernardo de Valbuena, de quien Menéndez y Pelayo afirma "que hasta por las cualidades más características de su estilo es, en rigor, el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza".

Si la literatura de este lado de América no produce obras de similar excelencia y volumen al de la peninsular a pesar de que el florecimiento de la literatura española se produce simultáneamente a la integración del

mundo colonial americano y pasan a ese mundo hombres de comparable formación a la de los más altos creadores de España se debe a las razones aducidas por Pedro Henríquez Ureña en su enjundioso libro "Las Corrientes Literarias en la América Hispana," pero sobre todo al carácter que la conquista y la colonización imprimen a la vida de América. El poder español se asentó en estas tierras por la fuerza y en virtud de una ocupación militar, con lo que el mundo que quedaba bajo su voluntad no se tenía como objeto de superación, sino de aprovechamiento. Este mundo tuvo que responder a su nacimiento y naturaleza. Era un mundo supeditado a otro, en otros términos un mundo colonial. Ello colocaba la importancia esencial de la vida social en una explotación genérica, en el sometimiento global de todo un continente a las conveniencias de una metrópoli lejana.

Quizá ningún momento histórico prueba mejor que el caso americano que la excelencia y singularidad de la producción literaria, como conjunto, se acendra en el ímpetu de justicia colectiva. Para que este ímpetu cree una literatura superior es necesario que cuente con fundamento considerable y una firme claridad de propósito. Cuando concurren ambas cosas la literatura adquiere de inmediato fuerza y elevación. Por únicos que fueran los ingenios de los tres primeros siglos coloniales su producción no respondía a un impulso engendrado por ellos mismos, no se basaba en sentimientos colectivos ni era proyección directa de ellos.

Tan pronto se dieron las dos cosas, se inició una obra literaria americana de alta calidad no solo por lo ilustre de sus cultivadores sino por el sentido nacional que la trascendía y no hay que olvidar que en las personalidades primordiales que comienzan esta peculiar etapa se aglutinan las características de libertadores políticos y libertadores literarios.

Descontados casos aislados como el del centro-americano José Cecilio del Valle, son las tierras del sur las que

presentan los primeros intentos persistentes de emancipación literaria. Esta empresa la lleva a cabo el romanticismo y es en el sur donde el movimiento innovador alcanza sus triunfos firmes y de valor con Esteban Echeverría, que escribe, dos años antes que Angel Saavedra, el primer libro romántico de América.

Es cierto que don Andrés Bello es el primero que lanza el primer grito de independencia literaria:

Divina poesía
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

De hecho el romanticismo no tiene el mismo sentido ni los mismos caracteres en los distintos países; por eso se manifiestan en un entrecruzamiento los impulsos progresistas y los de retraso. La acometida renovadora que embiste contra la norma clásica quiere ensanchar el campo de la libertad y de la igualdad humanas. La mirada hacia el pasado se junta a concepciones teológicas y a añoranzas medievales inconfundiblemente reaccionarias. Un movimiento de tal naturaleza tiende a ejercer varia influencia según la realidad social del grupo humano que la recibe. Donde brille una honda disconformidad colec-

tiva su contenido revolucionario se acrecienta, alcanzando fervoroso acogimiento. Es lo que sucede en estos pueblos de América; las circunstancias que vivían propiciaban el enrolamiento en las nuevas banderas.

Derrotados los opresores políticos, los escritores sentían la necesidad y el deseo de derrotar a los opresores literarios. Echeverría declaraba: "El espíritu del siglo lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia no sólo política, sino filosófica y literaria". Por eso los revolucionarios del campo de las letras entendieron el romanticismo como un gran impulso inseparable de la liberación americana, como un fuerte elemento civilizador, determinante de la victoria sobre la metrópoli. Como en múltiples ocasiones en la historia, una gran aspiración colectiva encauzada a través de una corriente oportuna iba a cuajar en una gran literatura. Y esto explica que el movimiento romántico esté tan ahincado en el espíritu de los escritores americanos que su modalidad llega a supervivir cuando ya en otras latitudes no pasa de ser un recuerdo más o menos prestigioso. Es evidente que en este romanticismo trasnochado es frecuente lo deleznable y la reiteración yerma. No obstante estos reparos al ímpetu romántico debemos un caro servicio tanto en lo político como en lo cultural. "El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica". Y de eso se trataba entonces: de alcanzar la expresión propia.

La naturaleza de las relaciones entre el impulso de liberación política y el de liberación literaria en los pueblos del sur tienen que ver con el advenimiento de una producción adherida en los anhelos colectivos.

Enrolados en la "religión de los nuevos destinos" los escritores trasuntan sobre su obra el ímpetu libertador. Si han de ser ellos mismos han de producir en sus escritos una nota particular, justificadora de la insurgencia en el campo intelectual. Mientras dura la lucha armada

no puede haber avidez de originalidad ya que la escritura vive para la acción. Lograda la independencia política, el escritor se ve compelido a ofrecer su aporte de novedad en la tarea de crear un mundo nuevo. Es la hora de la búsqueda apasionada y de la candente polémica para encontrar los mejores rumbos. La destreza se ha adquirido en la tradición hispánica; la formación se ha dado por siglos para mantener, con el poder político, la adhesión a las normas de la Península. Este mundo pesa mucho y hay que cambiarlo. Ante los escritores de la época se abren problemas muy complejos, pero todos parten y reiteran una y otra vez el empeño de brindar una manera propia, digna de las naciones libertadas.

Aquellos hombres, tenaces, nos dejaron para siempre la lección de legítimo acogimiento a la cultura heredada y el ansia por llegar a lo americano. El difícil equilibrio entre la sapiencia y la originalidad orientó hacia una meta feliz el proceso intelectual americano. Y a pesar de los vaivenes de nuestra azarosa vida republicana durante el siglo XIX el escritor fue, con admirable persistencia y varia fortuna, leal a su destino de intérprete, servidor y exaltador de su circunstancia.

El hecho de que la independencia literaria de la América española se procurara como una consecuencia inmediata de su emancipación política e irrumpiera por senderos románticos, contribuyó notablemente a su autenticidad, su hondura y a su unidad. Los primeros autores que se dedican a la tarea de nuestra liberación literaria parten de que, lograda la separación de España, correspondía a proceder a la disyunción cultural. Y la libertad política había sido esfuerzo de muchos países, y no de una patria determinada. Desde el comienzo los libertadores políticos hablan por toda la América, a pesar de que su labor es darle independencia a la propia nación. Los emancipadores de las letras proceden en igual sentido. La primera revista en que don Andrés Bello ofrece, desde Londres, información universal a sus "paisanos los

habitantes de Hispanoamérica" se llama **La Biblioteca Americana** a la que sigue el **Repertorio Americano**. Esta concepción continental del quehacer político tanto como del literario señalará un futuro de fecundidad no presentado. Pero la aceptación de que la América española posee una unidad histórica y lingüística que es indispensable mantener y perfeccionar, no adquirió, en los fundadores de nuestra autonomía literaria, una significación genérica y difusa que hubiera conducido, de haber predominado, a debilitar la raíz en el propósito de cubrir excesivo terreno. Precisamente en el americanismo de los hombres que cultivaron las letras de inmediato efectuada nuestra respiración de España, está el principio de un genuino nacionalismo. América se entendió como una entidad física y moral, pero al mismo tiempo, como integración de realidades nacionales con singularidades muy destacadas.

Fue circunstancia afortunada que nuestra lucha de independencia literaria surgiera con esta doble perspectiva, lo que en gran medida la alejó, desde un comienzo, del localismo costumbrista, peligro que acecha ávidamente a todos los nacionalismos artísticos, tanto como de un americanismo retórico e insincero. Los que se sentían con hondura y franqueza, libertadores de un mundo de cultura, no podían dar ejemplo de visión mezquina ni tampoco de desestimación de lo cercano.

Queda por señalar elemento de mucha cuenta que razona los comienzos de nuestra independencia literaria: el afán de universalidad que ha sido en lo medular una constante de la literatura americana desde los días coloniales hasta el presente. Esa permeabilidad, ese ansia de mirar hacia todas las cumbres, no importa su distancia, viene de más de una razón. Basta indicar sólo el hecho de que el proceso de emancipación americana fue un ímpetu por desasir las amarras peninsulares no sólo por opresoras, sino por regresivas. La Península es para los libertadores culturales como lo había sido para los liber-

tadores políticos una realidad retrasada como irredimible. Si ella no puede brindar oportunidades superadoras, hay que dirigir la vista hacia otros núcleos de cultura. Y un vehemente deseo de emular realidades de mayor progreso, y más libertad movió a todos los espíritus. Si Bolívar había buscado inspiración en Francia e Inglaterra en su intento de reestructuración americana, Bello buscó a Londres, Echeverría a Francia y Sarmiento y Lastarria a los Estados Unidos.

Igualmente hay que declarar que en lo íntimo de la primera rebeldía literaria vive una inclinación popular vigorosa. En ello cooperan eficazmente la fuerza política, el espíritu romántico dominante y el sentido ético que nace de toda obra genuina de liberación humana. La separación de España se había alcanzado por la lucha de las masas, por el heroísmo anónimo de indios y criollos del pueblo, los que habían de ser en el nuevo estado de cosas, sujetos de derecho y usufructuarios de la justicia lograda con su esfuerzo.

Una literatura que respondiese al más amplio movimiento de redención vivido por América no podía renunciar a continuar la gran tarea de universal mejoramiento que habían querido producir los libertadores de la espada. El pueblo debía estar en la literatura.

A este popularismo hay que darle todo su valor. No porque España hubiera rendido sus armas al golpe de una revolución de propósitos igualadores, el quehacer literario se tenía por tarea de todos y para todos. Lo minúsculo de los grupos de hombres de letras durante la colonia había creado el concepto aristocrático de la cultura, difícil de suprimir en pocos días. El escritor, con escasas excepciones, había sido clérigo o señor y se juzgaba sér extraordinario y distante. Que la literatura fuese para el pueblo era cosa que estaba en la médula del credo democrático libertador; que el pueblo inspirase al escritor ya no se comprendía con tanta claridad. Sólo hombres como

Lastarria tuvieron valor para la proclamación corajuda: "Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutileza. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor pues, no de los procedimientos del arte, sí de su efectos".

En síntesis la renovación literaria de nuestra América no pudo iniciarse bajo mejores auspicios. Una mirada superficial al proceso que entonces comienza podría llevar a falsos criterios. Pero si se examinan los males que intentaron corregir, lo extenso del mundo hispanoamericano y los sedimentos feudales y caudillistas que creó la colonia y que la independencia no pudo abolir, había que aceptar que en al avance doloroso de nuestras patrias tiene mucha parte la postura y la actividad de los escritores que se plantearon la labor literaria, desde un comienzo, como un gran servicio de superación colectiva.

La cuestión de la lengua se presenta a los innovadores desde los primeros empeños de liberación literaria.

Los reformadores del período de independencia hacían frente a un problema que ha venido hostilizando el camino de las letras en América a lo largo de todo el trayecto. La excelencia expresiva de los escritores americanos no nacía de un esplendor arraigado en secular torrente popular y nacional que hubiera dado origen a una lengua ennoblecida desde dentro a través del desarrollo de un genio propio. Nuestros pueblos no han gozado de esa coyuntura unificadora y fecundante. Lo que denominamos literatura americana es lo escrito en castellano desde el descubrimiento hasta el momento actual, y por debajo de esa producción no hemos tenido, sustentándola y levantándola con sus jugos las grandes masas que le dieran, con la integración de una lengua nacida de sus entrañas, crecimiento y condición en un vigoroso laboreo interior.

Una tenue extranjería ha venido, entre nosotros, perturbando la vía de la creación. Sólo las poderosas fuerzas de nuestros escritores ha podido salvar esta resquebrajadura íntima. Bien lo ha declarado Gabriela Mistral con palabras que han hecho época: "En nuestros pueblos mestizos donde el negocio de la lengua corrió durante tres siglos a cargo de la población blanca que forma la clase burguesa, la lengua popular que en algunos aspectos se insinúa también lo familiar, ha estado ausente, porque la masa mestiza o india hablaba o bien dialectos indígenas o bien el español primario que dieron las conquistas"... Ocurría además que la maestría seguía alcanzando por asiduo trato de los autores magnos del período clásico español. No había modelos americanos, sino que la prosa se abrevaba en Cervantes o Fray Antonio de Guevara y la poesía en Garcilaso, Fray Luis o Quevedo.

Este problema del idioma, que tanto ha contado, implícita u ostensiblemente, en toda la vida de las letras hispanoamericanas, presenta en su reconditez posibilidades de fidelidad y de evasión, de realidad y de irrealidad, de presencia y de deserción. La contradicción ha estado en todo momento a punto de deslizarse por dos costados igualmente censurables: por el apego estéril a las formas venerables y por la aceptación de corrientes extrañas y deformadas. Quienes en América hayan tomado el camino de la imitación externa, literal de las formas sacramentadas de las letras españolas, han pecado gravemente contra nuestra libertad. Quienes hayan transitado por el sendero de la resonancia exótica, con desprecio de la tradición viva y fecunda, han pecado contra nuestra autenticidad.

Ha sido preocupación de todas nuestras personalidades señeras el uso adecuado de la lengua, conscientes de que importa el acierto o error en este terreno. Lugar común es citar la polémica de Bello y Sarmiento sobre este delicado asunto, en que el último defendía frente a los reparos classicistas y aristocráticos de don Andrés, una

lengua libre, fluyente, enriquecida por las múltiples contribuciones populares. Razonable con su formación romántica Sarmiento considera que la soberanía del idioma es consecuencia de la soberanía del pueblo y que es el pueblo el que debe dictar al escritor su camino lingüístico. Bello, de quien no se puede olvidar su papel de renovador y su eximia labor de cultura, mantuvo la fuerza de la expresión sin continuaciones populares e hizo guerra contra los que proclamaban "la libertad románticolicenciosa del lenguaje" y contra los que "por prurito de novedad o por eximirse del trabajo de estudiar la lengua quisieran hablar o escribir a su discreción".

No se puede medir la marcha ininterrumpida del espíritu creador. Pero es indudable que hacia mediados del siglo pasado, tangibles ya los frutos de los primeros movimientos sociales de hondura histórica, la literatura americana cobra una vida nueva. Ha madurado y adquirido consistencia y originalidad. Es patente la evidencia de una superior jerarquía en nuestra cultura. Se han efectuado transformaciones notables; las obras se multiplican prodigiosamente y por todas partes se señala la adultez promisoría. Pero las líneas fundamentales, matrices, se conservan las mismas.

Aunque no faltan en este lapso de florecimiento y afirmación quienes tratan de torcer con sus calcos yertos de lo español o empeñados en el injerto violento de lo inasimilable, lo dominante es la obra arraigada en lo americano muy penetrada de nuestras necesidades y apetencias, interpretadora de nuestras maneras peculiares, transida de aires universales y atenta al equilibrio entre la tradición impulsora y la novedad genuina. La huella vigorosa de lo popular con características épicas tan visible en el "Facundo" de Sarmiento, permanece y se extiende en el "Martín Fierro" hasta llegar a "Tabaré". Las últimas y mejores novelas románticas como "María" de Isaacs y "Cumandá" de Juan León Mera se cruzan con los primeros atisbos del relato realista.

Aquel estado tan singular de los fundadores de ser simultáneamente pensadores y realizadores, artistas y próceres que con tanta propiedad perfilan a Bello y a Sarmiento, o Echeverría y Lastarria, a del Valle y Alberdi, no sólo se mantiene sino que se acentúa y eleva, dando signos de renovada calidad y creciente eficacia.

En este momento, más que en el inicial, el hombre de letras es luchador político. Un más seguro rigor de pensamiento, una información más completa y exacta y un auditorio numeroso hacen de algunos escritores de este período adocrinadores aceptados en más de una nación del continente. Casi todos son ricos de vida y obra. No siempre le asisten las gracias líricas. Por lo general son más pensadores que artistas, aunque a ninguno le falta un cabal conocimiento del quehacer literario. Distintos y semejantes forman un conjunto brillante y respetable. Forman en este sobresaliente grupo don Juan Montalvo todo maestría; González Prada, todo encendido en fuego proteico; Eugenio María de Hostos, apasionado, orientador y especulativo, Justo Sierra, ejemplo del escritor dado a la tarea civil; Cecilio Acosta, la sabiduría austera y generosa.

Lo singular y extraordinario es que todos estos escritores-ciudadanos **no sólo son paradigmas, lo mismo en las letras como en lo cívico, sino que preparan el engaste para la creación de nuestro tiempo y del tiempo futuro. Esto se debe a su fidelidad a las normas básicas. Han expresado lo nacional en sus obras con generosidad y honra. El celo por el pueblo toma en estos hombres ejemplares consistencia, claridad y sentido realista. El americanismo de los orígenes se ha hecho servicio y firme defensa. Esta tenaz preocupación por sus respectivas comunidades no ha obstruido una verdadera universalidad que dio a la cultura americana de su tiempo soltura y arranque que la distinguieron de las culturas europeas contemporáneas. Y en fin la lengua es en ellos brega y conquista consuetudinarias, experiencia de sus orígenes y de sus logros his-**

tóricos, contrastación incesante de sus enriquecimientos legítimos y diario ejercicio vitalizador.

Al llegar las últimas décadas del siglo XIX se anuncian signos diferentes. Las características señaladas como constantes en la literatura americana empiezan a debilitarse y a contradecirse. Se inicia un período complejo de literatura **pura** en que la nota distintiva consiste en un desasimiento de la realidad. Es el Modernismo.

Hay que considerar este movimiento como expresión de un fenómeno universal que tiene en la América Española rasgos específicos. Sólo desde este ángulo es posible comprender lo que el Modernismo representa.

El hecho de que la América Española hubiera progresado satisfactoriamente por la adecuada vía de la norma realista no podía dar por sentado que nuestras letras habían alcanzado una autonomía tal que las pusiera a cubierto de movimientos que por universales, habían de irrumpir estas latitudes. Por muy recia americanidad que ostentaran eran el producto de una cultura matriz que no había nacido en este continente y no podía quedar al margen de las transformaciones y direcciones que en Europa surgiesen.

Superando fuertes obstáculos, la América Española desarrolla una economía que la ponen en comunicación asidua e intensa con los centros europeos de más penetrante cultura. Las generaciones que arriban a la conciencia artística se alimentan de la ansiedad universal. Las ubres españolas están exhaustas. En la lírica, el mensaje peninsular se ha empequeñecido y se ha hecho reiterativo en combinaciones estróficas y métricas manoseadas. La voz diáfana de Bécquer se ha perdido en imitadores sin inspiración y reinan la declamación acicalada de Núñez de Arce y el ingenio casero de Campoamor. Tienta lo francés por el idioma asequible y por el prestigio de sus poetas. Hacia Francia miran los mejor dotados.

La nueva corriente contradice las firmes direcciones

que hasta ese momento habían orientado la literatura nuestra. Si lo americano se asoma a sus obras no será la esperanza que se eleva ante sus ojos, sino un pasado que, por serlo, puede ya contemplarse como una preciosa lejanía. En cuanto a la substancia nacional tan apretada hasta entonces, ya se sabe hasta donde se diluye. Y el popularismo de vena épica que colocara a América en el umbral de una magna literatura sufre un indefinido oscurecimiento.

El hecho cierto es que este cambio se produce porque la adscripción a una postura que pone el acento en la asimilación de una maestría lejana así lo determina. Es cosa sabida que tan pronto el escritor sitúa a su posibilidad de acierto en el hallazgo formal o en el matiz recóndito se debilita y se desnuda su contacto con la tierra. Es la consecuencia de una posición estética que colora la gestión del escritor y del hombre. Los cultores del modernismo traducen sus sensaciones y conflictos de modo abstracto porque así lo ordena una manera imperiosa de la poesía francesa del tiempo. En la misma forma y por iguales razones no ponen su inspiración en la realidad circundante, sino que la arraigan, como sus modelos, en mundos estructurados por su cuenta y riesgo.

No se trata de que los poetas sean por fuerza militantes políticos. Un escritor puede ser agitador partidario si hay para ello coyuntura y disposición; pero lo lamentable es que base su trabajo y ponga su propósito en un aislamiento consciente y voluntario del medio que lo sustenta.

Si el escritor tiene un deber humano irrenunciable, las condiciones dominantes en su mundo han de determinar concretamente la índole y el tono de su actividad creadora. Las circunstancias de América exigen a sus hombres de letras una radical identificación con su pueblo. Ya Alfonso Reyes después de considerar las ventajas e inconvenientes que supone la lealtad social del escritor americano declara: "... entre nosotros no hay, no

puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador”.

Tras el anterior asedio a la creación en la literatura americana, queda como incuestionable que el espíritu nutricio de ella ha constituido la lealtad a las inquietudes, propósitos y esperanzas comunes al continente. Tal aserto queda resumido en las palabras de Rodó: “solo han sido grandes en América aquéllos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano”.

Desde los momentos iniciales fue claro para los escritores de América que nuestro mundo había de expresarse por los cauces de la cultura europea pero que únicamente interpretando con fidelidad su avasalladora realidad podía adelantarse en su descubrimiento. La lealtad a un medio de múltiple novedad en lo físico y en la peripecia humana de acomodación y dominio, ha venido definiendo una obra de firme sentido histórico. El escritor americano ha tenido por delante una recia disyuntiva: o la sujeción a una literatura ajena y rica en logros y sugerencias o la comprometida libertad de manifestar en su obra la vida tumultuosa, contradictoria y bronca de su extenso escenario. La captación y la comprensión literaria de la realidad inmediata ha sido para el escritor de nuestra América, más que para su colega de otras latitudes, servidumbre y grandeza, necesidad y deber. O se entregaba a la faena de dar lo cercano, corriendo los peligros que toda revelación comporta o quedaba extraño a su destino sobrenadando en aguas exóticas. Los más robustos y valerosos optaron por la primera postura del dilema. Mucho de lo que hoy se hace y es posible hacer, viene de esta decisión. Y a ella se deberá que la obra de arte americana valga mañana por la calidad toda potencia que parte de los caminos cercanos, que invitan al viaje mientras sustentan nuestros pasos.

La Generación de Vanguardia en la Literatura Panameña y su Situación en las Búsquedas Poéticas Contemporáneas

Por: MARTINEZ ORTEGA

En el año de 1933, aún mantenían monopolio estético en el campo de la poesía el grupo de Poetas componentes de la Generación Republicana, cuya característica literaria era una poesía modernista-romántico-personalista, por lo que un grupo de jóvenes, intelectuales que hacía ya algunos años se identificaban con la nueva estética de las Escuelas de Vanguardia Europeas, dispuso manifestar oficialmente su propósito de terminar con el dominio de aquella orientación literaria en la poesía panameña.

Fue una memorable noche del 17 de enero de ese año que Roque Javier Laurenza representando a los rebeldes jóvenes intelectuales usó la tribuna del Aula Máxima del Instituto Nacional para hacer un análisis crítico a los poetas de la Generación Republicana y plantear la necesidad de una renovación literaria.

Esa actitud decidida de ese grupo de jóvenes, esa crítica valiente y efectiva constituyó un gran ejemplo en nuestra historia literaria, ejemplo que hoy nos mueve a un grupo de jóvenes escritores a plantear una nueva renovación literaria en el campo de la poesía como una necesidad urgente en nuestra literatura.

Así como en 1933 los jóvenes intelectuales de aquella época se levantaron contra la orientación poética de la

dominante Generación Republicana, hoy creemos nosotros en la necesidad de levantarnos contra la orientación de la poesía actual panameña en la cual aún impera, aunque con algunas variantes, la modalidad impuesta por aquella generación de jóvenes que hoy se le conoce con el nombre de Generación Vanguardista.

Ante esa posición actual de nuestra poesía reaccionamos hoy, por considerarla rezagada con respecto a la orientación que lleva la poesía contemporánea, alejada en sus aspectos fundamentales de la orientación de las escuelas de vanguardia, las cuales ayer fueron representativas de una época y un momento histórico que no es el de hoy.

Un comentario crítico a la orientación vanguardista, es la base para comenzar a establecer diferencias, como también para dejar manifiesto nuestro reconocimiento a su labor poética de gran importancia en nuestra literatura. No olvidamos que el movimiento vanguardista en Panamá universalizó nuestra poesía, la que no era más que una expresión personalista intrascendente.

Durante estos últimos treinta años, marco histórico al cual se circunscribe nuestro trabajo, además de los poetas identificados con las modalidades vanguardistas, se han agitado en la vida literaria del Istmo una gran cantidad de personas cuya obra es una expresión personalista ausente de valor en el mundo literario. Consideramos nosotros, que las únicas expresiones de valor en nuestra literatura poética de estos treinta años son las que están identificadas con los movimientos de vanguardia, no solo por su calidad sino por estar justificadas históricamente; sin embargo, salvamos de esta afirmación las expresiones vernaculares cultivadas por algunos poetas durante estos años, ya que ellas se encuentran al margen de los movimientos literarios.

Se notará que la modalidad vanguardista se ha dado en nuestra poesía sin haberse identificado en particular con alguna de las escuelas componentes del vanguardis-

mo poético. Como es sabido el Vanguardismo, es decir, la modalidad vanguardista está constituida por escuelas poéticas distintas como la Futurista, la Creacionista, la Dadaísta y la Surrealista que, no obstante similitudes fundamentales, son disímiles en cuanto a procedimientos y otros aspectos particulares. Nuestra producción vanguardista se identifica con generalidades de la modalidad que venimos mencionando y sobre todo con el estilo personal de los poetas más sobresalientes de la vanguardia.

En Panamá el desarrollo de la modalidad vanguardista, a partir de 1930 cuando surgen al calor de las primeras escuelas de vanguardia y sus poetas, tiene matices, como en toda Hispanoamérica, producidos ya por hechos históricos como el surgimiento de los movimientos de izquierda en el mundo, la revolución rusa y la revolución española, que le impregnan a la modalidad un matiz social donde descuella, entre otros, poetas como Neruda de gran influencia en nuestra poesía; o ya producidos por movimientos filosóficos como el existencialismo que dará un matiz filosófico a la poesía de vanguardia en que han de aflorar las angustias existenciales, descollando poetas como Vallejo que también influirá en algunos de nuestros poetas; o ya producidos por la aparición de los grandes poetas cultos con gran trasfondo clásico, griego-latino, y bíblico-hispano en sus obras, como Ezra Pound y T. S. Eliot entre otros.

Estos agentes modificadores de las corrientes de vanguardia los encontraremos actuantes en los poetas tratados en este trabajo, los cuales son los más representativos entre todos los que abrazaron este movimiento en Panamá, por la calidad de sus obras.

A estos poetas vanguardistas que trataremos, los vamos a separar en dos grupos para cumplir hasta donde nos sea posible con las reglas establecidas por la crítica con respecto al concepto generación. Bajo el nombre de Primera Generación Vanguardista, trataremos a Rogelio Sinán, Herrera Sevillano y Ricardo Bermúdez, poetas de-

sarrollados en la década del 30, que aclimatan la modalidad en nuestra poesía y están más ligados que los poetas posteriores tanto por procedimientos técnicos como por tema al ambiente literario de las viejas escuelas de vanguardia. Como componentes de la Segunda Generación Vanguardista trataremos a Stella Sierra, Tristán Solarte, Changmarín, y José de Jesús Martínez, poetas desarrollados en la década del 40, quienes son los continuadores de la modalidad aclimatada por los primeros. Sus producciones están contaminadas de nuevas actitudes vanguardistas producidas ya por los hechos históricos o filosóficos o poéticos que anteriormente habíamos señalado como de la modalidad vanguardista en el arte. Advertimos que podría hablarse de una tercera generación vanguardista, compuesta por una buena cantidad de poetas jóvenes de hoy, que aunque tienen algunas particularidades que los distinguen de los otros dos grupos generacionales, sobre todo, en lo referente al tema, no han abandonado los viejos procedimientos vanguardistas en la técnica que emplean, especialmente en sus tan usadas metáforas e imágenes, confirmándose por lo tanto nuestra afirmación de que la orientación vanguardista se mantiene en nuestra poesía. Sin embargo, no los consideraremos, ya que no pasan de una minúscula cantidad los que han editado poemarios y además por encontrarse sus obras en pleno período embrionario.

La primera generación Vanguardista

Antes de 1929, año de la edición de "Onda" de Rogelio Sinán, primer poemario vanguardista en nuestra literatura, habían aflorado a nuestra vida literaria expresiones poéticas que se alejaban de la orientación modernista-romántico-personalista que cultivaban nuestros poetas de la llamada Generación Republicana. En efecto, Antonio Isaza y Demetrio Korsi, este último había residido en París durante los primeros años del apogeo de la vanguardia cuando aún era modernista de escuela, ve-

nían empleando en su poesía procedimientos métricos desligados de la formalidad métrica estilada en la poesía del momento, a la par que un vocabulario y una temática muy desatenta al escogimiento y la elegancia de la empleada por los poetas de la Generación Republicana. No obstante la nueva actitud de Isaza y Korsí en su producción, no podemos considerarlos poetas vanguardistas, ya que sus obras no se identifican como es debido con el movimiento de vanguardia, sin embargo, son sus obras el paso hacia una identificación con las nuevas expresiones artísticas.

*

La edición en Roma, 1929, del poemario vanguardista "Onda" de Rogelio Sinán inaugura oficialmente la presencia del vanguardismo en nuestra poesía. La residencia de Sinán en Italia le permitió una vinculación directa con la nueva modalidad. El poemario llega a Panamá como genuina muestra vanguardista pero ausente de un planteamiento que contenga los propósitos renovadores, lo que desconcertó aún más la ignorancia del ambiente literario panameño que juzgó el libro como "caprichos de un niño que quiere jugar con versos"; a excepción de algunos intelectuales de la época, entre ellos Octavio Méndez Pereira, José Dolores Moscote y Guillermo Andrevé, el juicio general valoraba la obra como caprichos poéticos. Será años más tarde que jóvenes poetas de la época vinculados a la modalidad vanguardista harán del poemario "Onda" y su autor, bandera de un movimiento literario renovador; de inmediato con su cooperación, Sinán ilustrará mediante explicaciones en aulas y revistas la nueva modalidad literaria. Finalmente la conferencia de Laurenza en 1933, demostrará la pobreza de la expresión artística de ese momento y la necesidad inmediata de una renovación que responda al momento histórico.

Indudablemente que el hecho de que fuera Sinán el presentador e inaugurador del movimiento vanguardista fué de gran provecho para la orientación y el éxito del movimiento en Panamá, ya que el poeta a través de su permanencia en Europa obtuvo genuino contacto con la gran cultura, la cual absorbió con inteligencia y sensibilidad. Más aún, su contacto con la poesía de vanguardia de los poetas europeos fué abundante y por lo tanto pudo proporcionar relaciones a los jóvenes intelectuales con la poesía y la cultura del momento.

La misma obra de Sinán nos muestra el hombre inteligente, culto y de excelente buen gusto, al igual que el artista de temperamento erótico con predilección por lo cosmopolita exótico. A pesar de que el tiempo comprobó ampliamente que no era en la poesía sino en el cuento donde se realizaría Sinán como verdadero maestro, pudo dejarnos una breve y feliz obra poética, gracias a que con las cualidades antes mencionadas logra buenos poemas. Su obra poética eximida de la importancia histórica que posee dentro de nuestra literatura no es trascendental aunque posee como hemos afirmado logros felices. Toma como guía estilos personales de varios poetas europeos los cuales asimila con inteligencia y buen gusto. De una poesía ágil, risueña y fresca que nos recuerda a los vanguardistas neopopularistas españoles pasará a una poesía de hondo trabajo formal, audacia en la imagen y mayor empleo de recursos simbólicos como son sus poemas de "Incendio" y sobre todo sus poemas de "Semana Santa en la Niebla" donde las características anteriormente apuntadas están encerradas dentro de una sobria y herméutica elegancia y una gran atmósfera de cultura. Si bien es cierto que Sinán no crea un estilo propio ya que está inspirado en técnicas estilísticas de otros poetas, también es cierto que bajo su influencia se ha dado una poesía que, como la de él, centrará su preocupación en el elaborado lujo formal aunque esté vacía de contenido.

Poeta de esta primera generación fué también Deme-

trio Herrera Sevillano quien ya en 1924 había publicado "Mis Primeros Trinos", poemario dentro de la orientación modernista-romántico-personalista. Sin embargo, el poeta al contacto con la nueva modalidad vanguardista que trajo Sinán, acercó su poesía al nuevo movimiento y lanza en 1937 un originalísimo poemario bajo el título de "Kodak" cuya orientación vanguardista ligada a la escuela creacionista es de lo más original que se haya dado no sólo en nuestro parnaso sino dentro de toda la producción de la tendencia creacionista. Fué el poeta Herrera Sevillano hombre de cultura pobre, pero no inculto como lo han tildado los que hablan de que su caso fué un milagro poético. Conocía la producción de varios poetas de la época cuyas técnicas asimiló, con preferencia, la técnica creacionista a través de Vicente Huidobro del cual utiliza como epígrafe versos de su "Arte Poética" en "Kodak". El análisis más superficial que se haga de su obra, descubre que lo valioso de su producción está bajo el influjo de la técnica creacionista por lo que sólo tomaremos en cuenta este tipo de producción. En esta línea, hay poemas que se encuentran diseminados por distintos libros y concentrados en mayor número dentro de "Kodak" y "Ventana", 1949, en los cuales Herrera Sevillano nos muestra su auténtica dimensión poética, cuya excelencia original es el resultado del enmarcamiento de su realidad físico-social-cultural dentro de la técnica creacionista. Toda su poesía fué inspirada por los problemas y realidades proletarias que lo rodeaban los cuales no abandonó nunca. Aunque de técnica creacionista fué de temas y metáforas proletarias, hecho que ha dado una modalidad poética dentro del creacionismo que podríamos llamar creacionismo social. De todos los poetas panameños plegados a la vanguardia su producción es la única ligada claramente a una escuela de vanguardia determinada y dentro de ella, el único caso conocido de creacionismo social que se haya dado dentro de esta corriente. Lamentablemente tanto sus seguidores como comentaristas que muy por encima han cap-

tado el fenómeno sólo reparan en la incorporación del escenario proletario de Panamá a la poesía nacional y han dejado escapar su magnífica contribución poético-creacionista a la modalidad de vanguardia en Panamá.

*

Ricardo J. Bermúdez cierra la primera generación vanguardista que aclimató la modalidad en nuestras letras. Posee la producción de más trascendencia en su generación y es el poeta que más seguidores ha tenido en la poesía panameña. Su obra, de preocupaciones trascendentales, no está ligada a ninguna escuela en particular, sino más bien es el producto de su cultura, sus genuinas dotes poéticas y la asimilación de los grandes poetas universales de su preferencia, tales como William Blake, Tennyson y otros. Ha realizado su obra con personalidad dentro de las características generales del arte de vanguardia, logrando que en ella resalte dentro de un cultivado hermetismo la imagen y la metáfora, en un clima de sensualidad tropical filosófico-existencial, con gran sentido musical y pictórico.

En sus primeros libros que parten de 1937 con "Poesmas de Ausencia", notamos las influencias de los vanguardistas cultivadores del preciosismo formal sin preocupación temática como el Lorca de sus primeras creaciones, actitud que abandona paulatinamente acercándose a una expresión poética compleja de responsable preocupación en la forma y en el tema.

A través de sus libros posteriores "Elegía y Adolfo Hitler", 1941, "Adan Liberado", 1944, "Laurel de Cenizas", 1952 y "Cuando la Isla era Doncella", inédito, muestra ser el único de su generación que dado su continuidad creadora, ha experimentado las modificaciones de los hechos culturales, ideológicos y poéticos que han matizado la modalidad como apuntamos en la introducción de este

trabajo, por lo que encontramos evoluciones dentro de la obra del poeta aunque no vaya más allá de lo que es estrictamente la poesía de vanguardia.

*

Segunda Generación Vanguardista

La edición de los primeros poemarios vanguardistas, la creación de revistas literarias que reproducen obras de los grandes escritores de la época y acogen las inquietudes intelectuales panameñas, los cursos sobre la nueva estética y sus representantes que se dictan en el Instituto Nacional, finalmente la conferencia de Laurenza destinada a dar la más cruda visión sobre la calidad de la producción modernista-romántico-personalista, va creando en el ambiente nacional simpatías hacia el nuevo movimiento.

Fueron muchos, sobre todo jóvenes, los que con febril entusiasmo siguieron la senda abierta por Sinán, Herrera Sevillano y Bermúdez. Algunos se retiraron convencidos que no sólo el entusiasmo bastaba para crear y otros se han mantenido en las faenas literarias dentro de los cuales hay gran cantidad cuya obra no alcanza grado artístico respetable. Como manifestamos en la introducción, sólo mencionaremos los auténticos poetas cuya obra es de valor, los cuales se desarrollaron artísticamente en la década del cuarenta y constituyen lo que hemos llamado Segunda Generación Vanguardista. En estos poetas que constituyen la segunda generación, la modalidad vanguardista aparece matizada por los hechos históricos, ideológicos y literarios que hemos explicado anteriormente.

No es común encontrar en las mujeres panameñas que hacen versos, una cultura artística cultivada con esmero, seriedad y conciencia de lo que es la responsabilidad intelectual, en una palabra, dentro de la producción

poética que ha brindado la mujer panameña al parnaso nacional, sólo podemos aceptar una que otra autora. Stella Sierra es una de ellas y a nuestro juicio la más orientada en sus búsquedas. Se desarrolló poéticamente en la década del cuarenta y su producción, Sinfonía Jubilosa en Doce Sonetos, 1943, Canción de Mar y Luna, 1944, Libre y Cautiva, 1947, Cinco Poemas, 1949 es un buen aporte a la producción vanguardista de Panamá. La influencia de Sinán es mucho más manifiesta que la de Bermúdez; como él, demuestra afición por el cultivo de la forma elegante y llamativa, la concentración de metáforas e imágenes y un marcado interés por deslumbrar a través de la audacia y el lujo literario. Su poesía, nostálgica y erótica, es de buen gusto, sensibilidad lingüística y dominio formal, poesía que no pasa más allá de estos límites establecidos. Típica poesía vanguardista, cargada de retórica, abstracta y sin más horizonte que el culto a la palabra, pero de indiscutible logros.

La producción de Ester María Osses, contemporánea de los poetas de esta generación, es también una responsable contribución femenina a la modalidad de vanguardia.

*

La estupenda producción de Tristán Solarte es uno de los dos casos poéticos que arrastran preocupaciones trascendentales en esta segunda generación. Son las suyas, menos intelectualizadas que las de Bermúdez y más apegadas al misterio, de más efectos reales y humanos que intelectuales. Poeta de gran cultura y serias vivencias muestra una poesía con personalidad que ha asimilado las grandes realizaciones poéticas. En sus libros, Paisajes de Vida y Muerte, 1950, Evocaciones, 1955, Aproximación Poética a la Muerte, 1952, hay claras evidencias de la atmósfera telúrica que rodea su poesía. Ya es evidente que

el poeta abandona su formación inicial, para lanzarse a grandes realizaciones dentro de una contemporánea concepción artística.

*

Minado de mayor número de preocupaciones trascendentales que Tristán Solarte, José de Jesús Martínez ha entregado la producción de mayor gravedad temática de toda nuestra historia poética. Su formación filosófica lo ha inclinado hacia una poesía metafísica cuya problemática se centra en las interrogantes sobre el "ser", el "estar" y el "morir", es poeta preocupado del hombre y su papel en el tiempo y el espacio. Auténtico artista y auténtico angustiado existencial, nos da una poesía nacida al calor de torturantes incertidumbres, pero obtenidas no de un frío análisis intelectual del problema sino de las crudas realidades cotidianas, las cuales su extraordinaria sensibilidad va recogiendo morbosamente con minuciosidad. Su cultura vivencial e intelectual es de primera calidad. En sus dos primeros libros, *La Estrella de Tarde*, 1950 y *Tres Lecciones en Versos* 1952, su estilo luce emparentado con el de Vallejo y el Neruda de las "Residencias", pero en sus libros posteriores e inéditos, presenta un estilo liberado de la más elemental preocupación formal, arrastrado por una apocalipsis poética expresada a quemarropa, saturada de problemática humana. Su concepción artística y también su expresión, han abandonado la modalidad vanguardista y se han acercado a la concepción y expresión artística contemporánea.

*

El realismo socialista poético ha encontrado en Carlos Francisco Changmarín un militante. Se formó también, en la década del cuarenta al abrigo de la modalidad vanguardista. En su primer libro, "Punto e Llanto," 1948,

el poeta lucía influido fuertemente por la poesía neopopular de García Lorca. Sus convicciones políticas le fueron condicionando nuevos temas y lo acercaron a la poesía social alejándolo de su formación inicial. Su auténtica condición artística y su esmerada preocupación poética, han mantenido su producción alejada de lo panfletario, mal éste de muchos de los que acogen esta tendencia artística. En "Poemas Corporales", luce una vigorosa expresión de mensaje revolucionario expresado en un estilo personal de reminiscencias de clásicos españoles. Ultimamente su estilo, luce alimentado de folklore nacional y aún no podemos medir las consecuencias de esta búsqueda. Su poesía le acredita el título de poeta de la Protesta y las aspiraciones proletarias y campesinas de Panamá.

*

Ya se advirtió en la introducción, que podríamos destacar un Tercera Generación Vanguardista desarrollada en la década del cincuenta, pero la limitada perspectiva histórica para contemplarla, como el hecho de ser personas y obras muy jóvenes, de escasa publicación, es conveniente abstenernos de entrar en análisis. No obstante, dos casos se presentan en esta época cuya madurez artística y su conciente filiación al arte de vanguardia, merecen una mención.

Guillermo Ros Zanet: "Poema Fundamentales", "Ceremonial del Recuerdo" y Demetrio Fábrega: "Redes de Humo", "La Mal Sentada", "Cuerpo Amoroso", han presentado en esta década del cincuenta una producción de genuina calidad vanguardista; ambos han dado una poesía hermética de laboriosidad formal. Sin embargo en Demetrio Fábrega, gracias a su mayor ritmo creador, ha experimentado evoluciones hasta alcanzar elegante personalidad sin salirse de una expresión de vanguardia. Se inició con predilección por la temática social fuertemente

influido por Neruda. Enriquecido culturalmente, su estilo y su poesía han alcanzado personalidad al calor de una digerida cultura poética donde los clásicos españoles, griegos, latinos y los grandes poetas cultos como Pound y Elliot son alimento fundamental.

No sólo la producción de estos últimos poetas, también la de los más jóvenes que se están desarrollando con la huella visible de Bermúdez, nos dan evidencias para asegurar que la modalidad poética de vanguardia aún se mantiene como expresión novedosa, dentro de un momento histórico incompatible a tal expresión.

Nuestro momento tiene visibles características que no pueden escaparse de la poesía actual, la cual debe ser una expresión artística determinada por la época y sus circunstancias históricas.

Hoy que todo tiende a lo exacto y funcional, que toda expresión, ya científica o social, está dirigida a mayorías, no es posible conservar expresiones literarias que mantengan el divorcio entre la obra y el público.

La poesía, sin perder su condición artística, debe abandonar la deshumanizada retórica y tornarse directa, con recursos literarios humanizados, ricos en atmósfera y sugerencias, al alcance de una sensibilidad mayoritaria.

